

drá negar la obligacion que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeriamos á Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religion es divina, las tenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecias y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora; ¿qué mas queremos? ¿qué tiene, pues, de extraño nuestra fé?

CAPITULO XXVII.

SE MANIFIESTA LA EKSISTENCIA Y LA NECESIDAD
DEL SUMO PONTIFICADO.

Sucedec con frecuencia que los que tratan de combatir la Religion católica se abstienen de hablar contra el cristianismo; y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo; valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro mas recio y certero. Saben muy bien, que sin cabeza de la Iglesia, no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar el Sumo Pontificado presentando la supremacia de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista algunas reflexiones con que se pueda responder á esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos como si fuera de una institucion monstruosa, es sin embargo lo mas sencillo, lo mas conforme á razon que imaginarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina, y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que

la autoridad del Papa es superior á la de los Obispos, y que éstos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las mucha pruebas que en favor de estas verdades podrian sacarse de la Escritura y de la Tradicion, nos limitaremos á algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña, sin un gefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus gefes políticos, sus capitanes generales: en las naciones hay un rey y si son monarquías, ó bien si son repúblicas un presidente, un cónsul, &c., es decir un gefe, con uno ú otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia Católica una sociedad estendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un gefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo menos prevision y buena voluntad, que todos los demas legisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo jamas se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, estariamos sin autoridad competente. Se replica que para esto son los concilios generales á donde concurren ó al menos son llamados, los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mis-

mo de ser una reunion, han de tener una cabeza, y ésta no existe sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrian hacerse sobre este punto, contentarémonos con una, que disipa de un golpe toda la dificultad, demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado; y que sin él no bastarian para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociedad que ecsista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente: los concilios, y mayormente los generales, no pueden reunirse sino á trechos, y estos muy largos; luego no son á propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio general, que es de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos: ¿qué habria sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo si no hubiese ecsistido otra autoridad que la de los concilios? ¿y qué seria en adelante, cuando atendidas las dificultades é inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones, quizás pasarán siglos sin que se tenga otro concilio general? A cada paso surgen disputas sobre la fé y las costumbres, á cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿á donde podria recurrir el pueblo fiel, si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra su vicario, en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesaria mucha obstinacion para no rendirse á su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oídos á los que intentaren persuadirle que la supremacia del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos que de un dogma

de fé, reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el dia en que deje de reconocer que el Papa es el Supremo Pastor de la Iglesia, aquel dia deja de ser católico.

CAPITULO XXVIII.

SOBRE LA POTESTAD DE LA IGLESIA PARA IMPONER MANDAMIENTOS A LOS FIELES.

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos de la obligacion que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnacion de ningún misterio, y que se glorían de conservar la fé, pero que sin embargo en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente, que “esto es cosa de hombres, que ellos son cristianos, pero no fanáticos;” y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, &c. Lo que hay de muy notable en semejante conducta es, la inconsecuencia; porque si son católicos, no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad legislativa en las cosas que son de su pertenencia, y que por tanto puede imponer á los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de aquí que se les puede reconvenir con la reflexion siguiente: ¿creéis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos, en las materias que son de su incumbencia? Si decís que no, entonces ya no sois católicos, ya habeis dejado de creer un punto de fé católica; si decís que sí, entonces, ¿cómo es que llamais preocupacion y fanatismo, el cumplimiento de unos preceptos, cuya legitimidad admitis como dimanados de una autoridad reconocida por vosotros mismos por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale mas que

confiese su debilidad, que no el que para escusarla se valga de espresiones cuyo significado natural es, ó bien que ha dejado de ser católico, ó bien que es inconsecuente de un modo inconcebible.

La fé nos enseña la obligacion que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia: sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber leyes para su arreglo: luego ha de ecsistir tambien un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obligados á obedecer las leyes que en ella rigen, porque de otra manera, inútil seria la ley, irrisorio el derecho de la autoridad legislativa, é imposible además el buen órden y hasta la ecsistencia de la sociedad. La Iglesia Católica es una sociedad estendida por toda la tierra; luego ha de existir en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego estos están obligados á obedecerlas.

CAPITULO XXIX.

AUTORIDAD DE LA IGLESIA EN LA PROHIBICION DE LOS MALOS LIBROS.

La prohibicion que hace la Iglesia de la lectura de los malos libros, es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo estos en nada la autoridad de la Iglesia, no es extraño que no la reconozcan tampoco en lo tocante á la prohibicion de los malos libros; pero al menos deberian confesar que la Iglesia, prohibiéndolos, procede consecuente á sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas, usa de un derecho indis-

putable prohibiendo á su familia el leerle; la autoridad civil prohibe tambien la circulacion de aquellos escritos que inducen á la infraccion de las leyes ó de la corrupcion de costumbres, ó que pueden provocar disturbios y sediciones; es decir, que el vigilar sobre los libros ó escritos es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil, y no podia ser de otra manera, dado que no puede ponerse en disputa la poderosa influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Prévias estas observaciones, preguntaremos á todo hombre juicioso: ¿si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo, el que la Iglesia encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, que ha recibido de Jesucristo la mision de guiar á los hombres al alto destino de la eterna salvacion, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohíba la lectura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se puede disputar á la Iglesia el derecho de prohibir á sus miembros, el que por una curiosidad indiscreta den la muerte á su alma?

CAPITULO XXX.

DEMUESTRASE LA NECEDAD DE AQUELLOS QUE HACEN DEL INCREDULO POR PARÉCER SABIOS.

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupacion y de sabiduría, y quizás sea este el motivo que habrá inducido á no pocos hasta el extremo de fingirla. ¡Lamentable estravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! Preocupacion funesta que es necesario combatir, y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años. Un libro como este, no es el lugar á propósito para desvanecer semejante error, con toda la abundancia de

erudicion y de reflexiones á que se brinda la materia; pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones, y consignar algunos hechos, que puedan servir para manifestar que la fé no será reñida con la ilustracion y la sabiduría.

En primer lugar, la fé versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razon; por manera que si trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fé, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razon puede alcanzar; luego versando la fé sobre objetos distintos de los que ocupan á la ciencia, la una no daña ni embaraza la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fé y la ciencia, antes bien se ayudan mutuamente; pues como ambas son una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad, prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree, y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones para manifestar cuán fundada es su fé, y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes, y haciendo ver que si bien son superiores á la razon, no son emperó contrarias á la razon.

La ciencia puede tambien á su vez reportar de la fé mucho provecho; y le ha reportado en efecto, como podria demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos, con relacion á las cuestiones mas elevadas, se verá que aquellos eran unos verdaderos niños con respecto á éstos; y en efecto, un niño con solo el catecismo cristiano, aprende tan altos co-

nocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, en una palabra, todos los grandes hombres de la antigüedad, le escucharían con admiracion y asombro. Y con razon; porque las mas elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la moral, las oirían esplanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia, para columbrar siquiera una solucion verosimil.

Esto no es exageracion, es una verdad en la que están acordes todos los sábios; y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano á la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religion de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustracion? Lo que tanto ha contribuido á iluminar al linage humano, podria ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Muy escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres mas ilustres, que con sus talentos y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la Religion cristiana, y se verá que los sábios mas distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia Católica. Recórranse los catalogos de los hombres que mas se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia Católica presentar

muchos de entre sus hijos, que sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fé, brillaban como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué mas? ¿No poseemos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvansé y se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos, y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necesidad el decir que la Religion sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustracion, y que la fé sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sábio, es señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril, es una reprehensible frivolidad de que debe preservarse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipacion y bullicio del mundo, empieza ya á ser mirada con mal ojo la irreligiosidad, y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacer del incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas á la Religion, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPITULO XXXII.

REFLECSIONES QUE DEBE TENER PRESENTES EL CATÓLICO AL PROPONÉRSELE ALGUNA DIFICULTAD CONTRA LA RELIGION.

Puede ocurrir con frecuencia que á un católico se le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que mas puede inferirse de ocurrencias semejantes es, ó que el adversario tiene mayores alcances,

ó mas instruccion en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error, no es cosa que suceda esclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio en todos los demas ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa, arrolla y confunde á su adversario, ó por la superioridad de su talento y conocimiento, ó por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, ¿no presenciamos á cada paso, que un hombre de entendimiento claro y despejado, sobre todo, si está dotado de una locucion fácil y espedita, dá á todos los asuntos el giro que mas le agrada, y hace ver, como suele decirse, *blanco lo negro y negro lo blanco*? Luego nada prueba contra la Religion el que un incrédulo haya propuesto una dificultad á la que los católicos que le escuchaban no hayan sabido responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga á la vista las siguientes consideraciones. El incrédulo que propone la dificultad, no es regularmente un hombre muy sabio: será mas ó menos entendido, tendrá mas ó menos instruccion; pero al fin pertenecerá cuando mas á aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender que el argumento de que se vale no deberá de ser alguna invencion rara de que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algun libro irreligioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la Religion; y es bien seguro que bastaría la presencia de una persona religiosa é ilustrada para disipar como el humo la dificultad que tanto engrie al ufano disputador.

Ademas, aun quando supusiéramos que la dificultad es tan gave, que ningun sábio del mundo es bastante

á soltarla, no por esto se podria inferir que fuera falsa la Religion. Nuestro entendimiento es tan flaco, que no ve las cosas sino á medias; con su poca luz no distingue bien los objetos, de aquí es que aun en las materias en que se encuentra mas certeza, no hay un punto sobre el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podríamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solucion no era tan fácil como á primera vista podria parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara, como es la existencia del movimiento, fué tambien puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué extraño, pues, si en materias tan difíciles y tan graves como son las religiosas, ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos á desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil, que apenas alcanza á comprender las cosas mas sencillas y mas claras, cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos, y palpamos con nuestras manos, tropezamos á menudo con dificultades insplificables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios, que están en region elevada á donde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la Religion, que se oyen en las conversaciones, puede aplicarse tambien á las que se leen en los libros: solo que en este último caso son mucho mas peligrosas, á causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A mas del preservativo mas sencillo que es no leer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le vienen á la mano, que lo que en ellos

se encuentra contra la Religion, ha sido refutado mil veces, y que no necesita mas que buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la Religion que circulan por todas partes, para encontrar satisfechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la Religion Católica.

